

Costa Rica Ilustrada

REVISTA QUINCENAL DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

Redactor,
Leonidas Pacheco.

EDITORES PROPIETARIOS,

Próspero Calderón—José Antonio Soto.

PRECIO DE SUSCRICION:

En Costa Rica..... \$ 0-75 trimestre adelantado.
En el extranjero..... 1-00 " " "
Número suelto..... 0-15 " "
Números atrasados., 0-25 " "

{ Año I. Núm. 22. }
San José, 12 de Junio de 1888. }

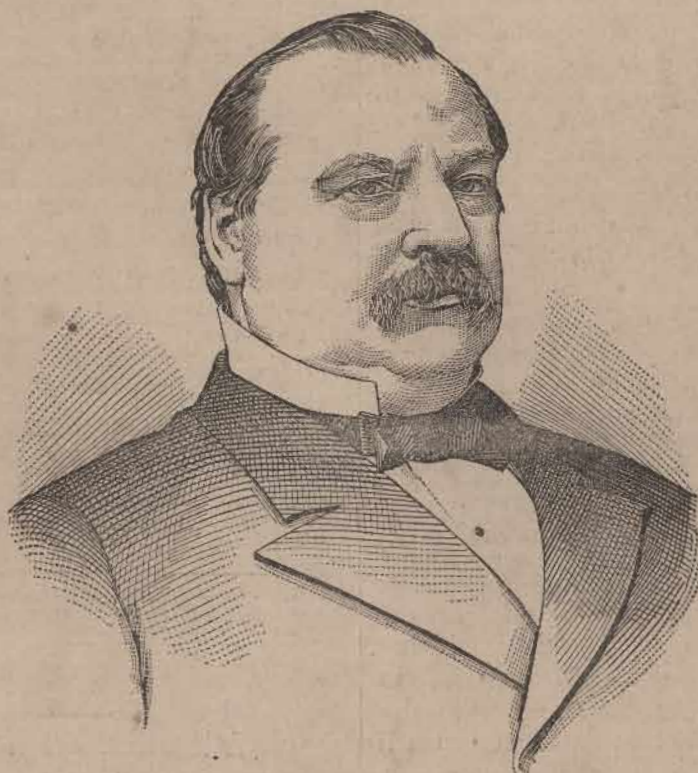
DIRECCION Y ADMINISTRACION,

Calle de la Merced, n.º 3, Norte.

APARTADO NUMERO 93.

Sumario.—*Grover Cleveland*, por La Redacción.—*La mañana de bodas*, por Carlos Gagini.—*¿Quién es?*, por Juan F. Ferraz.—*Mi primo don Ramiro*, por Simplicio Cucaufate.—*Bellas Artes*, por J. Francisco Peralta.—*Risas y llanto*, por Sirio.—*Revista Teatral*, por Odín.—*Crónica*, por Renard.—*Rimas, á Aquileo J. Echeverría, h.* por Román Mayorga Rivas.—*Carta á mi amigo Mr. Renard*, por Juan Pérez.

Grabados.—Grover Cleveland.
Anuncios.



GROVER CLEVELAND.

Grover Cleveland.

PUBLICAMOS el retrato del señor Presidente de los Estados Unidos. Su nombre es hoy conocido hasta del último de los costarricenses; su nombre será inolvidable en este país, como que el irá unido á uno de los hechos más trascendentales de nuestra historia.

Su justa sentencia pone el sello á la discusión sobre límites con Nicaragua y el arbitramento tiene por consecuencia, no sólo el aseguramiento de la paz, la tranquilidad de ambos pueblos, sino algo que es de mayor importancia, algo que dice mucho en pro de nuestra civilización, algo que nos coloca en primer término entre las naciones que se someten á ese código aun no escrito pero ya grabado en la conciencia de los pueblos del siglo XIX: el triunfo diplomático.

Dos naciones que ponen su causa en manos de un árbitro en cuya honorabilidad confían: que renuncian al brutal principio de hacerse la justicia con la fuerza y que se limitan á luchar con el arma de la palabra y del razonamiento, son grandes, son buenas, son civilizadas.

Nuestro derecho público internacional tiene entre sus páginas la inolvidable de este arbitramento, que constituye un triunfo excelso y que de hoy más será la ejecutoria que acredite cómo en nuestro pequeño territorio germinan y fructifican los grandes principios de la justicia y del derecho.

El Presidente Cleveland falló y su fallo nos fué favorable. Costa Rica y Nicaragua, la una vencedora, la otra vencida, ambas igualmente honradas, deben la misma gratitud al recto juez que al dar su sentencia, á la vez que destruyó la planta de la discordia que luchaba por brotar en Costa Rica y Nicaragua, ha hecho brillar la justicia que nos asitia.

GROVER CLEVELAND nació en el Estado de New Jersey en 1837. Tres años después de su nacimiento la familia Cleveland se trasladó á Nueva York. En este Estado trascurrió la niñez del Presidente. Ya en la edad de los estudios serios, emprendió el largo y difícil camino de la abogacía, habiendo recibido en Buffalo las licencias para ejercer la profesión el año 1863.

En 1881 fué elegido en la misma ciu-

dad de Buffalo, Mayor, y pocos meses después ascendió al alto puesto de Gobernador del Estado de Nueva York.

En noviembre también, y tres años después, era llamado Cleveland por el voto de sus conciudadanos á habitar la Casa Blanca, dando principio á su período constitucional el 4 de marzo de 1885.

Fué Mr. Cleveland en la época de su vida privada en que ejerció su profesión, abogado de alta reputación y de abundante y provechosa clientela. Después como Gobernador, siempre ajustó su conducta á la severa norma del deber, y hoy, en el alto puesto que ocupa, su administración se hace notable por su acierto y rectitud.

No poca sensación ha causado su reciente mensaje al Congreso, en que entre otras cosas pide con energía la reforma de las leyes de tarifa.

Buen número de empleados públicos, dignos de sus puestos por su honradez y experiencia, han sido conservados en ellos, no obstante sus opiniones políticas contrarias á las del Presidente. Esto dice bien alto cómo el oído de Mr. Cleveland habla con más fuerza la voz del patriotismo que la voz de la pasión.

En 1886 Mr. Cleveland se unió en matrimonio con Miss Folson, habiendo tenido lugar la ceremonia en la Casa Blanca. Es esta la primera vez que en la mansión presidencial de Washington se celebra el matrimonio de su principal habitador.

Aunque parezca paradoja, es lo cierto que Grover Cleveland, al marcar los límites que separan á Costa Rica y Nicaragua, contribuirá grandemente, destruyendo el virus que nos separaba, á que estos límites, absurdos por mil títulos, se borren en no lejano día, y que las cinco repúblicas centrales veigan á formar un solo cuerpo, como lo piden la historia, el interés de todas y cada una, y la poderosa y santa ley de la fraternidad.

La Redacción.

LA MAÑANA DE BODAS.

(Cuento)

A la Srta. Rosalía Iglesias

I.

Semejante á un aduar
hay en la costa una aldea

que entre las peñas blanquea
como un despojo del mar:
en la rada circular
que forma su abrupto asiento,
sacudido por el viento
el Atlántico rebota
y las paredes azota
del granítico cimiento.

Cual titán encadenado
á su lecho inquebrantable,
se encrespa allí formidable,
"vencido, mas no domado:"
alza á los cielos airado
la gigant-se: melena,
y así que la roca atruena
con espantable rugido,
por la impotencia rendido
se tiende sobre la arena.

En cambio perenne calma
allí en la tierra se asila
como la paz que tranquila
sigue á las luchas del alma:
allí sólo de la palma
se oyen los dulces rumores,
en los risueños alcóres
Naturaleza se aduerme,
y aun parece que se duerme
el aura al besar las flores.

Entre rústicas faenas
y los cuidados del mar
la gente de aquel lugar
vive sin vicios ni penas;
para ella corren serenas
las horas de la existencia,
porque en prístina inocencia
al trabajo consagrada,
nunca siente atormentada
por la duda la conciencia.

En ese pueblo vivían
felices Juan y Mercedes,
presos de amor en las redes
que ambos con afán tejían:
desde niños se querían
con fé inextinguible y pura,
y de la suerte futura
sin preocuparse jamás,
estrechaban más y más
los lazos de su ternura.

Como tórtolas amantes
que entre el ramaje escondidas
ven pasar embebecidas
en su arrullo los instantes,
así los dos palpitantes,
de la pasión en el vuelo,
formaban con el anhelo
de su cariño profundo,
un idilio para el mundo,
una aurora para el cielo.

II.

Una tarde, cuando el sol
ya tocaba el horizonte
bañando el enhiesto monte
con su plácido arrebol;
cuando triste el girasol
la corola replegaba,
y dejando la almadraba
el pescador fatigado
con su presa alborozado
á la orilla regresaba,

en una hermosa floresta
vecina á la mar rugiente
resonaba alegremente
la música de una fiesta:
en esa función modesta
celebraban los amantes
con los pocos habitantes
de aquella comarca toda,
la víspera de la boda
que aguardaban anhelantes.

Cuando el nocturnal sosiego
puso fin á aquella escena,
respirábase con pena
en un ambiente de fuego:
el mar de coraje ciego
bramaba en la oscuridad
y á lo lejos la osquedad
de la agreste serranía
sordamente repetía
la voz de la tempestad.

¿Por qué entonces en la playa
absorto quedóse Juan
junto á las olas que van
á romperse en la atalaya?
Es que allí á solas se explaya
el sentimiento mejor,
es que de su firme amor
llegó la jornada extrema,
y la ventura suprema
es muda como el dolor.

Otro día, al asomar
la aurora bella y fulgente
irisando levemente
la blanca espuma del mar,
iba el mozo á dejar,
embriagado de placer,
su libertad y su ser
presos en los dulces lazos
que le brindaban los brazos
amantes de una mujer.

Absorto en su pensamiento
el joven no se percata
que ya el turbión se desata
sobre el líquido elemento:
ya en el negro firmamento
el relámpago chispea,
y mientras su horrible tea
sacude el rayo iracundo
reina silencio profundo
en las casas de la aldea.

III

De pronto súbito ruido
se unió del trueno al fragor,
como el siniestro rumor
del volcán estremecido;
después se oyó un alarido
tan desesperado y fuerte
que Juan, de pavor inerte,
creyó escuchar en el cielo
el imperceptible vuelo
de las alas de la muerte.

Muy cerca de él una casa
aislada del vecindario,
con furor extraordinario
el fuego implacable abrasa:
en vano el cielo se arrasa
sobre él en gotas deshecho,

pues de la lluvia á despecho
le da fuerza el huracán
convirtiendo en un volcán
la fuerte amazón del techo.

Cuando el joven acudió
presuroso á aquel lugar,
una escena singular
á su vista apareció:
allí angustiado miró
la triste calle desierta,
la casa toda cubierta
por inmensa llamarada,
y una mujer chamuscada
tendida junto á la puerta.

Como si al poner los ojos
la infeliz en el mancebo
cobran aliento nuevo
sus casi yertos despojos,
se alzó la pobre de hinojos
en ademán suplicante,
y mirándole un instante
con vista nublada y fija,
gritóle: "¡salvad á mi hija!"
y dió á sus pies espirante.

¿Qué hacer en lance tan duro,
entre una madre que ruega
y el incendio que doblga
el ya vacilante muro?
Ya el techo cruje inseguro
con ruido amenazador,
y en medio de tanto horror
que el cielo impasible escucha,
mantiene Juan sorda lucha
entre el deber y el amor.

¡Ay! no es extraño que dude
en tan solemne momento,
porque triste pensamiento
el corazón le sacude;
no es extraño que se mude
su noble impulso además,
pues le oprime más y más
el recuerdo de su amada
que en esa hora descuidada
con él soñaba quizás!

Y al pensar en la mañana
del risueño nuevo día,
y en la inefable alegría
de aquella boda cercana,
siente Juan que se amilana
su valiente corazón,
contempla sin emoción
aquel espantoso abismo,
y ya casi el egoísmo
triumfa de su abnegación.

Mas de improviso infantil
llanto salió de la pira,
como el aura que suspira
snavemente en el pensil;
entonces loco, febril,
el joven se reconvino
por su egoísmo mezquino,
y traspasando el umbral
con arrojo sin igual
lanzóse en el torbellino.

¡Horror! apenas venciendo
sus dudas traspuso el quicio,
se desplomó el edificio
sobre él con furioso estruendo:

fulgor siniestro y horrendo
entonces el aire inflama,
por la calle se derrama
el fuego, y al cielo sube
convertida en densa nube
la humareda de la llama.

¡Después!... silencio profundo
reino en la escena de muerte;
en tanto el nublado vierte
sus torrentes sobre el mundo,
desgarra el rayo iracundo
la espantosa oscuridad,
rebrama en la soledad
de la selva el viento airado,
y duerme el pueblo arrullado
por la ronca tempestad.

Otro día, al asomar
la aurora bella y fulgente
irisando levemente
la blanca espuma del mar,
de hinojos ante el altar
de la patrona bendita,
presa de angustia infinita
la multitud llora y reza,
mientras á doblar empieza
la campana de la ermita.

1.º de mayo de 1888.

Carlos Gagini.

¿QUIEN ES?

¿Estoy en realidad dormido? ¿soy víctima de una de esas pesadillas, especie de fantasmas negras, que de noche vienen á dar vuelcos y piruetas sobre nuestro pecho, si hemos cenado demasiado ó si nuestra conciencia no está tranquila,—laboriosa digestión del estómago en el primer caso, é indigestión mental en el segundo,—de donde resulta un terrible desequilibrio nervioso, que se traduce en monstruosas visiones y laberínticas series de cosas inconexas?...

Ni lo uno, ni lo otro.

Estoy despierto: tengo los ojos bien abiertos, distingo perfectamente los objetos, y hasta los toco.....

Ahora veo una alta, escueta y pelada montaña,—toda de nieve;—con cavernas heladas, donde las gotas de agua quedan suspensas y encogidas como ladrones sorprendidos, haciendo una mueca horripilante y desgarbada;—con filetes y picachos, en que los rayos del sol se quiebran, como prismas de cristal arrojados contra garfios y púas de templado acero, rebotando en centellantes, deslumbradoras chispas, que ciegan;—las faldas angulosas, como regazos de huesudas brujas, barnizadas también de congelada untura blancuzco-terrosa: frío espeluznante se siente por todos lados!.....

He tocado ya esa montaña, y me ha dejado, no como á la mujer de Lot, antes bien sin mi.

gaja de sal,—soso, insípido, como el pobre herido del rayo, á quien Ovidio se compara á sí mismo en uno de sus *Tristes*.

Y abajo, en el llano, miro en este instante una multitud de jóvenes alegres,—tanto por lo menos como las comadres de Windsor,—que se divierten... haciendo bolas de nieve.

Ellos se calientan con el ejercicio; pero la montaña sigue helada.

¡Que muchachos! los hay que dan ganas de quererlos y de proporcionarles mejor ocupación.

Echan verdaderamente centellas por los ojos, y su piel, coloreada con la afluencia de la sangre los ha convertido en ascuas vivientes.

Ahora me parecen ya como leños que estuvieran chisporroteando, *petillando*, diría un galicano,—e) enorme hoguera, digna de aquellas famosas bodas de Camacho el Rico, á quien hizo célebre Cervantes; tal cual, medio brasa, medio tizón; otros apenas palo verde que no se quema, pero que echa humo, mucho humo.....

Y la montaña siempre fría.

Allí viene más leña, y esto aumenta la confusión de mis visiones.

Vienen andando con sus propios pies, digo mal, vienen andando con sus propias ramas; las raíces hacen de cabellera, dos grandes gajos son piernas, y otros muchos menores, brazos, innumerables como los de Briareo, retorcidos y nudosos, con múltiples codos y dedos larguísimos á millares.

Vienen obra de media docena, contoneándose y hasta saludando cortésmente á una y otra parte: caballeros pintiparados, pero sin caballo, si ya no es que lo traigan oculto en la ingente y ruidosa ramazón.

Al sacudir de sus brazos y al tranquear de sus piernas, vánse cayendo á tierra frutas varias, unas maduras, otras verdes, pocas en sazón, muchas todavía en leche; pero al fin frutas. Y allí sobre el suelo se pierden bajo nuevas y sucesivas capas de nieve.

Pues la montaña echa también sus aludes de vez en cuando, sobre el prado.

Los troncos van llegando ahora al fogón, que arde sin cesar inútilmente, y el fuego va creciendo á expensas del nuevo combustible, que bufa y restalla, y se encorva y se retuerce, y al fin queda hecho humo y ceniza, lo que dice el proverbio griego que es la vida humana.

Mas ¡oh! maravilla: aquella que Herodoto contó como se la contaron acerca del *ave fénix* egipcio, y por la cual conseja le han machacado tanto sus venerables huesos los críticos; aquella mismo estoy viendo que se realiza otra vez, pues de las cenizas ya casi frías, en fuerza del hielo de la montaña, á las cuales ví en poco rato reducirse toda la leña de la hoguera, miro ahora alzarse esbelto y enardecido como el quetzal de plumas de esmeralda,—según la linda expresión del poeta nahuatl,—un joven y vigoroso campeón, armado de todas armas, cual si reprodujese el mito de Minerva alumbrada del cerebro de Júpiter, y dispuesto á destruir de raíz, ó de cua-

jo,—como mejor quiera el lector,—á los gigantes-cos elementos naturales que avivan el hielo—pues no ha de avivarse sólo el fuego—de la consabida montaña.

Garrido soldado en verdad, y juro en mi ánima, para cuando en ese estado me halle en el Purgatorio, que su apariencia me cautiva.

Ya le veo desenvainando la finísima, reluciente espada, recién hecha en los yunques de Calatayud, al temple de la fuente Nemea, y de la Dirceña, que según Marcial “vence á las nieves.”

Ya le veo frunciendo el ceño y le oigo tosiendo fuerte, para darse á saber de sus desapercebidos enemigos, pues el paladín noble no ataca á mansalva.

Viene con uniforme de *gabacho*, pero es, á lo que entiendo, de pura raza castellana, y bien que lo muestra en su primera arenga que resuena como de Alcalá de Henares ó de Argamassilla.

No es este el primer hispano que se apropia un nombre francés por seguir la moda ó por mejor parecer.

Pero ya se va desvaneciendo mi visión, y no ha llegado al fin. Y aquí el fin es el principio.

Mr. Renard ¿quién es?

Es ese joven atleta que sale desafiando á la montaña fría de la indiferencia, que me parece más horrible que la *selva oscura* del Dante, y en la cual se hielan y petrifican las literarias ilusiones costarriqueñas.

Ahora vuelvo á sospechar si estaré soñando...

No, no sueño.

Es mi joven amigo Leónidas Pacheco, el que pretende resucitar á los muertos, despertar á los catalepticos y deseneantar á quienes ni el mismo bálsamo de Fierabrás moviera de la guisa y sazón en que encantados están.

Yo de mí sé decir que he muerto y estoy católicamente enterrado en el cementerio de las letras, y ahora hablo desde mi tumba.

¿No es verdad que mi voz tiene algo de la de *La momia* de Edgar Poe?

Los otros estarán, no lo dudo, aletargados ó hechizados solamente; pero de mí se puede decir: muerto está *qui non resollat!*

Y valga este latín del estudiante, por aquel otro que traducido dice que *la necesidad tiene cara de hereje*.

Aludido por mi buen amigo RENARD, que en castellano le llamaría yo *Zorra*, tanto porque él lo quiere como por su astucia, no he podido menos de alzarme de mi sarcófago, donde aunque muerto, estoy despierto, para darle las gracias,—que otra cosa no puedo darle,—y volver á echar la losa encima.

Ojalá que la nieve se derrita y ¡adiós!

Cartago, 26 de Mayo de 1888.

JUAN F. FERRÁZ.

Mi primo don Ramiro.

Don Ramiro Salsipuedes y Canchalagüa fué educado en Europa.—Su primera intención fué estudiar medicina, mas pronto se convenció que no tenía vocación para ello.—Luego ensayó el derecho y se encontró demasiado torcido para que esa ciencia pudiera enderezarlo. Pasó después á la ingeniería, pero como carecía de ingenio, se dedicó definitivamente á la literatura, que nada exige de sus partidarios.—Llegó aquí, pues, dándose las de literato y hablando sólo en inglés y francés.—El español lo había olvidado en sus ratos de ocio, pero es pujante en esgrima, pujilato, patines, tiro y baile.

El primer bofetón que le atrajo su fina educación le contestó limpiándose con todo cuidado el lugar contuso de su rostro y entregando su tarjeta al ofensor. Al día siguiente esperó los testigos de aquél, y como no llegaron, mandó dos padrinos á pedir satisfacción.—El autor de la bofetada se excusó diciendo que no había tenido intención de ofenderlo y que retiraba el bofetón. Esto complació en extremo á mi primo Ramiro, por lo que hubo un almuerzo de excusas mutuas; pero el ojo izquierdo, grandemente inflamado con el golpe, no sintió el menor alivio con la *satisfacción* dada á don Ramiro.

Este triunfo que mereció á mi primo la reputación de bravo entre los bravos, acabó de ponerlo á la moda.

Desgraciadamente no es con la literatura ni con la reputación de valor que se puede vivir en Costa Rica.—Está averiguado que una libra de café de tercera clase tiene un valor efectivo mucho mayor que un libro de sonetos, madrigales ó cuartetos.

Si Homero existiera hoy en San José, de seguro que se moriría de hambre con su *Ilíada*, si no sabía remendar el calzado ó sembrar maíz y papas.—Los bancos Anglo y Unión sólo conocían el nombre de don Ramiro entre aquellos á quienes no se les debe prestar ni un centavo.

De allí la vida azarosa y llena de emociones desagradables de mi brillante primo.—La correspondencia era numerosa. Carta del sastre extrañando que faltó al abono del mes anterior; memorandum del Señor Azuola recordando su cuenta corriente, que ya no corre; citación del señor Alcalde don Demetrio Sanabria para que

conteste cargos al zapatero; declaración de rebeldía del señor Alcalde don Vidal Quirós por su cuenta con la lavandera.

Para una alma grande y *levantada*, esas son pequeñeces que no le impiden seguir levantándose todos los días á las once a. m., almorzando al fiado, comiendo á costa de los amigos y durmiendo por su propia cuenta.—Cuando el viento de la escasez se convierte en *ciclón*, Ramiro caé como una tromba sobre una de esas haciendas habitadas por sus dueños.—Pretextando su mala salud viene á pasar quince días en el campo, y no hay bastante energía en nuestros compatriotas para ponerlo en la calle. Verdad es que en ocasiones, la llegada de mi primo es una verdadera bendición, porque distrae á los más tristes con su colección de habilidades; él sabe todas las pruebas de naipes, toca la guitarra, enseña á las niñas novicias á bailar el vals y las cuadrillas y á la señora de la casa le da recetas para limpiar la seda y componer un ragut &ª &ª.

En materia de religión, don Ramiro es libre pensador delante de las gentes; pero firme creyente cuando está solo ó en peligro de muerte ó cosa parecida.—En política profesa el principio único de que: el que manda manda y cartucho al cañón. En moral, su texto son los diez mandamientos interpretados *ad hoc* por él mismo. En filosofía, enseña que la vida es un sueño y la muerte una pesadilla sin fin.

En las últimas fiestas de Heredia fué llevado ante la Policía porque estando en la plaza de toros conversando con los amigos, no vió que la fiera se acercaba, sino cuando ya lo tocaba con los cuernos; su susto fué tal, que saltó á la barrera; pero no encontrando de qué asirse ó en qué sostenerse, empañó con desenfado las largas patillas de un espectador, y en efecto se salvó del toro, pero las susodichas patillas quedaron por mitad en sus manos.

El Agente de Policía lo absolvió por no encontrar delito previsto por la ley.

Ramiro es el espanto de las madres de familia que tienen hijas casables, cuando piensan que la adquisición de un tal yerno equivale á un gravamen ó servidumbre perpetua; pero mi primo toma el horror que inspira por el lisonjero lado que su vanidad le indica, á saber: las madres temen que don Juan Tenorio Salsipuedes y Canchalagüa seduzca, robe ó haga suicidarse á sus pimpoyos.

Su profesión de literato, aunque hemos dicho que es poco productiva, no por eso deja de ser socorrida en ocasiones. Verdad es que sus gajes no son convertibles en especies contantes, porque siempre se le ofrecen de modo que no puede cambiarlos por otros. Así es que en casi todos los entierros no hay que preguntar quien tomó la palabra al pie de la sepultura.—Es mi primo Ramiro que con palabras preñadas de emoción y sentimiento perora en favor del difunto.—Los parientes agradecidos le obsequian el bastón del finado, la tabaquera del que ya no podrá fumar, la pluma de oro del que fué escritor, escribiente ó escribano.

En las bodas nunca faltan los loores de mi primo, ni falta jamás al almuerzo, comida ó cena de los desposados. Don Perensejo es nombrado Ministro, Magistrado ó Gobernador: Ramiro felicita al amigo á quien sus conciudadanos hacen justicia, sea en epístola privada ó escribiendo laudatorios sueltos en los diarios.

Los mismos personajes descienden á la vida privada ó son lanzados de la roca Tarpeya: mi primo es el primero en expresar su condolencia y ofrecer su pluma, sus relaciones y su prestigio en favor del caído, que no puede menos que dejarlo á comer: que está en la necesidad de prestarle su caballo, su coche ó su escopeta al leal amigo que no varía en la desgracia.


Esto explica cómo, sin fondos disponibles ni entradas conocidas, don Ramiro es el primero que se ve en el Teatro, en los clubs y en los bailes.—El palco del Gobernador le da hospitalidad una noche: otra se mete *sans façon* en el Presidencial. Como hombre de pluma, acompaña regularmente á los redactores de periódicos en el palco de la *Prensa*, y cuando todo anda turbio ocupa las lunetas no vendidas ó el asiento sobrante en algún palco de segunda fila, deslizándose siempre en la puerta de la entrada, ya dando el brazo á una señora, ó en el primer tumulto, ó expresando que va á indicar á un sirviente el lugar donde debe llevar las sillas &ª &ª.

Vamos, lector incrédulo, no hay que burlarse de la inverosimilitud de mi relación. Recuerda cuantas veces has tenido que contribuir, con voluntad ó sin ella, á la existencia artificial de mi literato primo, el más inofensivo sujeto quizás de todos tus amigos.

(Continuará.)

SIMPLICIO CUCUFATE.

BELLAS ARTES.

ACIA los bordes de una hermosa esplanada conocida con el nombre de "Avenida del Medio-Día" se levanta un edificio de agradable aspecto: es la nueva "Academia de Bellas Artes de Bruselas" que también comprende la "Escuela de Artes Decorativas."

La fundación de la primera clase oficial de dibujo en Bruselas data de 1711, año en que el Magistrado acordó una sala de la municipalidad á los patrones ó jefes de las diferentes industrias, que como es bien sabido, estaban reunidos en Corporaciones. Orillando la Gran Plaza de Bruselas,—la más bella de Europa según el sentir de Víctor Hugo,—entre el primeroso "Hotel de Ville" que lanza al aire una torre agujereada de 112 metros y la llamada "Casa del Rey" hermoso edificio gótico que ahora se reconstruye y en donde se encuentra un museo de antigüedades, se levantan aún las antiguas casas de las Corporaciones, las de los tejedores, carpinteros, cerveceros y otras.

La escuela de dibujo fundada en 1711 contribuyó mucho al adelanto de los artesanos y artistas. Sus progresos fueron tan marcados que en 1763 el Gobierno la erigió en *Academia de Pintura y Escultura*, teniendo por primer protector al príncipe Carlos de Lorena.

Las invasiones que sufrió la Bélgica durante la Revolución Francesa paralizaron la marcha de la Academia, no restableciéndose definitivamente hasta 1800. En 1835, en busca de mayor espacio, la Academia pasó á los subterráneos del *Palacio de la Industria*, hoy día *Biblioteca Real*, hasta que hará doce años se construyó el cómodo edificio que ahora ocupa.

Llega pues el momento en que describa lo que ví durante una visita á la academia.

Apenas se ha dejado el amplio zaguán de entrada, se llega á la "Biblioteca de obras de arte."

Luego se recorren cuatro claustros; dejando los claustros en donde á uno y otro lado se destacan los modelos de arquitectura y escultura que posee la academia, y entrando á la izquierda se llega á la hermosa sala destinada á las clases de *arquitectura é industria* que de ella se derivan (arquitectura, marbrería, albanilería, carpintería, ebanistería, marquetaría, carrosería, clase de picapedreros, etc.) Es una de las salas más extensas de la Academia y pude juzgar del gran número de asistentes por el de bancos y modelos. Esos cursos son nocturnos.

Otra gran sala está consagrada á la escultura, con varias dependencias. Se comienza por la sala de dibujo y copia de bustos. Los de un segundo año se ocupan de trabajos más difíciles y por último están las salas de clase en donde se trabajan las estatuas de barro, yeso, mármol, etc. El ramo de la escultura se descompone en las clases de escultura, platería, joyería, estampería, trabajos al cincel, la cerámica, fundición de metales, etc. Esos cursos también son nocturnos.

El piso superior del edificio está ocupado por el ramo de pintura. En una sala están los que trabajan al óleo, copiando del natural.

El fondo de la sala está adornado por cuadros que han obtenido los primeros premios de la academia; todos representan estudios del cuerpo humano.

El estudio del ramo de pintura abraza la pintura propiamente dicha, el grabado, la impresión, los esmaltes, el mosaico, la encuadernación, los encajes,

el bordado y la tapicería, tan importante para los flamencos.

En cada una de las salas había observado diversas pizarras, destinadas para escribir en ellas noticias históricas ó fabulosas, relativas al sujeto sobre el cual se trabaja. Esa es tarea del Bibliotecario de la Academia.

Del ramo de pintura depende una gran colección de trajes de todos los tiempos, que ocupan una sala especial.

Los de las "Artes Decorativas," como los de pintura, trabajan durante el día. Esa escuela tiene por objeto, dice el reglamento de la Academia, "despertar las aptitudes de los jóvenes procurándoles la ocasión de manifestar su preferencia para escoger una de las varias industrias de arte. De esta manera se pretén dotar la Bélgica de artesanos, de artistas, de jefes de establecimiento; en quienes se habrá inculcado el culto de la forma, el sentimiento de lo bello, las facultades de la imaginación y el conocimiento de los maestros."

La clase estaba de trabajo; así tuve ocasión de ver á los pequeñuelos [entre los que sobre-alla un enano] y á los más grandes, colorear sus ornamentos y figuras.

Por temor de hacerme muy cansado suspendo aquí mi relación.

En cuanto á lo material, el edificio de la Academia no puede presentar mejor apariencia bajo el doble punto de vista de la comodidad y de la higiene. El artesonado y el techo de las clases son de hierro.

Yo, á pesar del gusto de la visita, no me sentía satisfecho. Dominábame, si he de decir la verdad, el sentimiento de la envidia. Todo lo que veía lo quisiera haber visto también en Costa Rica, ó al menos tener la esperanza de verlo, que no hay duda sucederá, si el país sigue empujado hacia adelante.—Pues la falta entre nosotros de una Academia de Bellas Artes se hace sentir. Cuántas inteligencias por falta de elementos ven morir sus dotes artísticas.

Recuerdo con gusto la clase de dibujo y pintura que en el "Colegio de Cartago" estuvo á cargo del padre Páramo. Aquel maestro de brillante ingenio supo despertar en muchos el sentimiento de lo bello. Como simple aficionado y por mala tiempo yo seguí sus cursos y allí tuve oportunidad de conocer el talento natural de muchos de mis discípulos que prometían abundantes frutos, pero que luego, sin encontrar en Costa Rica ningún apoyo, han visto paralizar sus estudios y rodar sus tempranas ilusiones.

En San José y en nuestras otras poblaciones los felizmente dotados por la naturaleza no son pocos, pero los jóvenes valientes que emprenden los estudios de pintura, ó desmayan ó tienen que contentarse con un progreso lento, sin maestros ni museos.

La Exposición Nacional de setiembre de 1886 es una prueba viviente de lo que digo, que entre nosotros no faltan buenos talentos para la pintura y otras artes. Hablo según lo que leí en las descripciones de nuestro primer certamen nacional.

Y no solamente por la pintura es que una "Academia de Bellas Artes" se nos hace necesaria: nuestra arquitectura lo exige y lo exigen todas las industrias de primera necesidad para salir de la rutina en que viven.

Es cierto que todo no se puede hacer de una sola vez; que desnudos como nos dejó la madre España hemos tenido que empezar por lo estrictamente necesario; que el dinero no abunda entre nosotros, ya sea por escasez de rentas y capitales ó bien porque

se malgaste; que el mejor progreso requiere en general el paso maduro del tiempo, todo eso es cierto, pero esas consideraciones no deben hacer olvidar lo que es tan útil para todo un pueblo.—El gobierno que establezca en Costa Rica una "Academia de Bellas Artes" [como el que ha fundado un "Liceo" merecerá la gratitud de todos los costarricenses.

Bruselas, 27 de marzo de 1888.

JOSÉ F. PERALTA

RISAS Y LLANTO.

Escenas de la vida en Costa Rica.

(Continuación.)

CAPITULO IX.

En la ciudad eterna.

El lector nos dispensará que suspendamos nuestra relación en momentos en que los señores Delgado y Espinoza fueron conducidos al cuartel principal de orden del General en Jefe, y que lo trasportemos veinte años antes y á una región muy apartada de San José, en donde ocurrieron acontecimientos que deben tener una grande influencia en el desarrollo futuro de la presente historia.

Allá por los años de 186... los ómnibus de la estación del ferrocarril de Civitta-Vechia en Roma, conducían dos familias costarricenses al hotel de Minerva, situado en la piazza de Minerva, en Roma, y que era nada menos que el antiguo palacio Comti convertido prosaicamente en albergue ó posada, eso sí, bastante aristocrática.

Componían las familias antes indicadas don Juan Espinosa y su señora doña Adelaida Rincón servidos por una criada de Cartago llamada Florencia. La otra la formaban don Julián Rosales y su esposa doña Elisa Río Seco acompañada de dos sirvientes, Antonio, nativo del Mojón, y Teresa, Josefina de pura raza. Ambas familias completaban la luna de miel con un viaje de placer á Francia é Italia. Pero el estado interesante de las dos señoras, casadas con sólo tres meses de diferencia y ambas muy ricas, aunque la primera lo era por sí como heredera de un opulento español que murió en Honduras, y la segunda gozaba de los bienes de fortuna de su marido, comerciante y minero afortunado.

El temor de que una de las dos amigas pudiera alumbrar de un momento á otro decidió á los esposos á pasar algunos meses en Roma, mientras ellos hacían expediciones á Nápoles y provincias romanas. Instalados, pues, en el hotel de Minerva y visitados los principales puntos históricos de la ciudad eterna, Espinosa y Rosales partieron para Nápoles dejando muy recomendados á nuestro Ministro el señor Marqués de Lorenzana el cuidado de sus familias.

Ya solas, no salían del hotel más que algunas tardes en carruaje al Monte Pincio ó á la piazza del Popolo. En las mañanitas recorrían á pie las tres calles aristocráticas de la ciudad que

son la Rippetta, Babuinos y el Corso. Pío IX, el último papa-roy, gobernaba entonces y nuestras compatriotas tuvieron ocasión de conocerlo y recibir su bendición apostólica.

Para comprender la terrible catástrofe que vamos á narrar, es preciso una corta explicación del carácter de don Juan Espinoza y la especial posición que en su casa tenía Florencia, la cartaginesa, que servía á la señora doña Adelaida.

Don Juan Espinoza, hijo de un español de los últimos que sorprendió la declaratoria de la independencia de Centro América, tenía una de esas cabezas catalanas que prefieren aplastarse contra el acero que apartar el obstáculo.—Buen corazón, amigo firme y decidido, era de todos apreciado: pero había mucho de temor en el respeto que le rodeaba.

Florencia, acostumbrada á ver realizadas todas las amenazas que había oído á su patrón, tenía por él una completa adhesión mezclada de temor inexplicable respecto de ella, á quien siempre trató con gran benevolencia.—

Al salir para Nápoles Espinoza insistió encargándole sumo cuidado con su señora: “con tu cabeza me respondes de la vida de doña Adelaida” le dijo, quizá en chanza; pero Florencia no lo entendió así. El 2 de noviembre de 186. .la dichosa señora de Espinoza dió á luz un hermoso niño. Fué atendida por uno de los mejores médicos de Roma y rodeada de los cuidados de su amiga doña Elisa y de las dos criadas Florencia y Teresa.

La siguiente noche, á horas en que descansaban en sus respectivos cuartos ambas familias, Florencia se despertó á impulso de un malestar físico producido por el humo que penetraba en la pieza.

Abrió la ventana y nada de particular observó del lado de la plaza, por lo que volvió á cerrarla y quiso continuar su sueño interrumpido, más el humo entraba ya en cantidad bastante para notarlo aun á la simple vista. En esto empezó á oír los primeros gritos, alarmas y ruidos en los pisos bajos. Comprendió que el hotel estaba incendiándose y despertó á la señora. La impresión de ésta fué tan grande al ver el reflejo de las primeras llamas y el alboroto del incendio, que perdió totalmente el sentido. Los pasajeros que aun podían llegar á la gran escala de piedra, lograron salvarse, pero los que estaban del lado Norte, que tenían que atravesar un largo corredor para llegar á las escaleras de servicio y todo el hotel para acercarse á la grande, casi todos fueron víctimas del fuego. Los bomberos hicieron prodigios de valor, pero á las seis de la mañana del día siguiente, que se dominó el incendio, faltaban siete personas de las que habitaban el famoso hotel. Entre ellas no pareció el niño nacido la víspera, esto es, el pequeñuelo que había dado á luz doña Eloisa de Rosales. En cambio había nacido en medio de la catástrofe un precioso niño que después se llamó Julio y que sacado del hotel por la criada Florencia, salvándole la vida al hijo de sus patrones á cos-

ta de una terrible quemadura en una mano y en un hombro. Ambas señoras de Rosales y de Espinoza fueron conducidas á una casa particular en donde se alojaban personas recomendadas. Las dos amigas estaban en un estado deplorable, principalmente doña Elvira que no podía consolarse de la pérdida de su hijo á quien no conoció siquiera. Entre los muertos, un cadáver calcinado se encontró en las ruinas de la parte quemada. Era el de Andrés el Mojoneño.

Los señores Espinosa y Rosales retornaron tres días después de Nápoles: el segundo inconsolable y afligido por la pérdida de su hijo y el peligro en que aun estaba su esposa, y el primero lleno de gratitud por la acción heroica de Florencia á quien no sabía como premiar tanta adhesión y valor.—El restablecimiento de doña Elvira fué largo y penoso y apenas estuvo en estado de poder embarcarse volvieron ambas familias á San José—I aunque más tarde repusieron la pérdida del niño quemado en Roma, con una niña—Delfina, Doña Elvira maldice su estadía en la capital de la cristiandad, y no se perdona el haber emprendido un viaje en las circunstancias en que lo hizo—Nuestros lectores conocen ya el dichoso *bambino* salvado por Florencia, que no es otro que el arrogante señor Julio Espinosa, hoy por hoy preso y encerrado en una de las piezas del Cuartel principal que dan á la calle de Catedral.

(Continuará.)

REVISTA TEATRAL.

El chaparrón de dramas ha comenzado. El público se dispone á aguantarlo á pie firme, pues que por el momento no hay lugar alguno donde guarecerse. Los periodistas, los críticos, los comerciantes, los empleados toman su butaca y se precipitan en la sala del Teatro á recibir con sonrisa heroica la lluvia de redondillas escapadas de la pluma de cualquiera ingenio que haya tenido fortuna bastante para que el señor Azuaga escoja y represente su drama. No queda otro remedio: nadie quiere cargar con la responsabilidad de no haber asistido al *debut* de una compañía que con tan buenas intenciones pretende evitar que el tedio nos roa las entrañas. Además, con las compañías dramáticas nos pasa lo mismo que con los cigarros introducidos del extranjero, de los cuales solemos decir: generalmente, son malos, pero cuando sale uno bueno, ¡es mejor que un habano! y mecidos en este sueño feliz y poético nos fumamos las tagarrinas más inexorables y contribuimos

asi á aumentar las pingües riquezas del comerciante.

Pues así como hay un cigarro fantástico que el fumador persigue con ardor al través de todos los estaquillos, sin que logre casi nunca alcanzarlo en este miserable planeta, también hay una compañía de actores excelentes con la que todo espectador sueña en el acto de comprar su butaca en la taquilla ó de regatearla al revendedor.

Tomé, pues, la mía y me dispuse á fumarme el drama del señor Eguilaz, con la filosofía y dignidad propias del acto. Pero si bien es cierto que tuve paciencia para escuchar "*La vaquera de la Finojosa*", no lo es menos que hoy no la tengo para hacer la crítica de tal obra. Baste decir que es un drama que no interesa poco ni mucho. Aquellos personajes empeñados en hablarnos de asuntos fastidiosos, fuera ya de nuestras aficiones y de las corrientes de la vida moderna nos incomodan soberanamente. Tanto hablar de honor y lealtad; tanto pintar con frías é interminables metáforas pasiones volcánicas; tanto albedrío perdido en un instante; tantas penas quebradas por los suspiros; tanto pajarillo, tanta flor, tanta retórica, es cosa muy linda; pero que ya no se acuerda con la fúndole de nuestra sociedad y los sentimientos que hoy prevalecen.

Con el teatro de Eguiláz me pasa lo que algunas veces me ha ocurrido con ciertas personas cuyo estado y condicionalidad histórica desconozco. No sé si hablarles como á personas honradas ó como á gentes que no lo son, y en esta duda lo mejor es no hablarles de ningún modo. Esto es lo que hago generalmente con las piezas dramáticas del autor mencionado. No las discuto, no las analizo, les cedo la acera y sigo mi camino. Esto por de contado, no debe ceder en des-erédito de aquellas obras á quienes mucho respeto y cuya buena reputación no empañaré ni con la sombra de la más leve sospecha.

La Cosecha fué la segunda pieza puesta en escena por la compañía del señor Azuaga. No soy amigo de narrar argumentos de dramas que el lector indudablemente conoce; por lo general estos extractos que hacen algunos críticos parecen las láminas que suelen traer los libros de cirugía donde se mira un rostro despojado de la piel.

La Cosecha es una comedia tendencio-

sa, como diría Revilla: pretende demostrar que los padres que abandonan á sus hijos recojen cosecha de lágrimas. Así debe de ser en efecto; no tengo interés alguno en probar lo contrario, y como se ve, desde luego, la obra pertenece á cualquier teatrillo de esos donde siempre triunfa la virtud. Podrí decirse que carece de bellezas, que no hay inspiración levantada, en fin, cualquier cosa; pero nadie podrá negarle buenas intenciones.

Sabido es que hubo un tiempo feliz en que el teatro, merced á los trabajos de Eguilaz, Larra (Luis Mariano) Herranz, Frontaura y otros *morales*, había dado grandes pasos hacia el confesonario, y con sus pláticas y buenos consejos pretendía sustituir al coadjutor de la Parroquia: nada de chicleos con la musa pálida y nerviosa que acarició á Byron á Heine y á Musset; ninguna transacción con la realidad, porque no siendo posible inventar nada peor que los hechos no se acertaría á decir cosa alguna que fuera rigurosamente moral. El teatro, en resumen, daba de mano al arte; se oían allí chistes verdes y moral picante, pero todo con arreglo á la doctrina. Qué más?

Se ha dicho que la opereta es un producto especial y característico del Bajo Imperio. Así lo creo también: cuando la Francia tenía un amo y el pueblo decía: no tengo libertad pero tengo comida y cama, y el bienestar aparente aumentaba y César divertía con bufones á su pueblo; cuando una muger de cierto rango debía usar peinadores de cien luises y trajes que costaran diez mil francos; cuando la princesa de Metternich dejaba su palco é iba al foro para mirar de cerca el *maillot* de Cora Pearl; cuando las damas más aristocráticas querían saber la vida de las cortesanas y las imitaban; cuando había bailes en todas partes, y París se convertía en un gran café cantante, y nadie quería pensar y todos querían reír, entonces se alzó sobre el pavés y se declaró reina Hortensia Schneider, su sacra y real majestad la "Gran Duquesa".

Pues bien, hay plantas que no brotan más que en el terreno suficientemente abonado, y así como Francia tenía en aquel momento un suficiente acopio de detritus para abonar la tierra en que debía brotar la ópera bufa, así también el teatro español, en la época á que me refiero, arrastraba la vida de la impotencia y ape-

nas si daba productos enclenques y anodinos. Y es que en ocasiones falta el medio ambiente que el genio necesita para crecer: entonces el pensamiento vive en la anarquía mansa de la indiferencia, sin leyes de lógica ni de buen gusto. A ese período de triste decadencia pertenece la obra de que vengo hablando.

Afortunadamente en España el teatro es sangre y hueso y carne de la vida social, y desde los pasos que decía Lope de Rueda hasta la sociedad contemporánea, repleta de vicios, ansiosa de virtud, atenacada por la duda, que Echegaray compendia en sus obras, lo dramático ha sido siempre espejo de las costumbres y cifra de los ideales de aquella nación.

Así, cuando el teatro agonizaba en brazos de los Herranz y Pérez Escrich y Larra, se presentó don José Echegaray y le aplicó á la nariz el pomo eficaz que había de hacerle volver de su desmayo. Y de paso y para que no se crea que soy admirador incondicional de este poeta, digo que él me parece desigual, heterogéneo, ahito de contradicciones, pero nunca mezquino, jamás inmoral como algunos pretenden; discutible, acaso, como autor dramático, pero siempre poeta de poderoso aliento, con los pies hundidos en las impurezas de la vida y el pensamiento bañado en el resplandor de lo bello.

Por lo dicho se comprenderá lo que pienso del drama titulado *La Cosecha*. ¡No! yo no volveré á pasar tres horas en el teatro contemplando esos engendros de la frivolidad y de la impotencia en que no hay palabra de verdad ni verso sin ripio. Los estimo por sus buenas intenciones, los venero, los llevaré á la parroquia cuando el coadjutor no pueda hacer la plática dominical, pero no quiero frecuentar su trato.

Se han puesto en escena varias otras obras, entre las cuales se distingue por la vis cómica la titulada *Del enemigo el consejo*; pero es tiempo ya de hablar de los actores: punto, pues, y aparte.

* * *

Los que conocemos las interioridades del teatro solemos ser benévulos por la preusa: ¡cuán poco sabe el público, y qué ageno vive de la suma de desengaños y pobreza que representa el *trueno* de una empresa! Y es que el espectador, al aceptar ó rechazar á unos actores, apenas piensa en lo que vale, cuanto ha visto y oído:

para él el teatro está reducido á lo que sale al escenario: nadie calcula lo que bulle de bastidores para adentro, ni imagina lo que es necesario trabajar para levantar el telón y presentar una obra.

En muchos casos, en ciertas situaciones dramáticas, el menor descuido del traspunte, la más ligera equivocación de un actor, el tropiezo de un comparza, bastará para echar al foso las ilusiones de un artista, malográndose también la fortuna de un empresario. —Creo que lo más acertado á que aquí se debe contribuir es á depurar el gusto del público, señalándole lo notable, llamándole su atención hacia lo artístico de buena ley, siempre atendiendo antes á infundir esperanzas que á causar descorazonamientos, razonando igualmente el aplauso y la censura, procurando inculcar al vulgo el sentimiento de lo bello, pero sin hacer nunca mota de quien se equivoca, sin cortar jamás las alas al que pretende volar.

Tal será la base de crítica,—y paso á exponer mi juicio sobre la Compañía que actualmente actúa en este teatro. El señor don Arcadio Azuaga y la señorita Altagracia son los dos actores que justamente llaman la atención del público. La naturalidad en sus papeles es el rasgo distintivo de la fisonomía artística del primero; recita bastante bien, y ciertas inconveniencias de detalles en que indudablemente incurre, desaparecen ante el soplo mágico que él derrama sobre toda su persona, á guisa de bálsamo trasformador. Hay escenas en que es notable el fuego siniestro de sus ojos, el crispamiento de sus músculos, la expresión encendida de todo su ser. Particularmente cuando el joven Azuaga arroja los dardos del sarcasmo, creemos que da la nota en su justo tono.

De buena gana hubiera colocado yo á la señorita Altagracia en primer término; pero todo lo bueno y honrado que aun queda en mi conciencia de crítico protestó contra tamaña injusticia, y no fué posible acallar aquel grito y hube de darle de mano. La señorita Altagracia tiene muy buenas cualidades como actriz y sería un crimen que no cultivase su talento dramático. A través del disfraz escénico se adivina á la muger de corazón levantado, que desprecia la pequeñez para volar, en brazos de lo ideal, á las regiones puras del valor, del heroísmo, de la belleza novelesca y romántica.

Para apreciar las condiciones artísti-

cas del señor Azuaga, padre, es preciso verlo en el género cómico. Si él lograra evitar cierta monotonía en los movimientos del semblante y en la manera de recitar los trozos patéticos, á buen seguro que siempre recogería calurosos y sinceros aplausos.—En estudio más ordenado y largo que preparo, diré lo que pienso sobre el arte del teatro. Que tal promesa me sirva de excusa por el desaliño del artículo presente, del cual, gloria á Dios, ya he visto el cabo.

ODÍN

CRONICA.

DIOS bendiga á Aquileo Echeverría. Me da el gusto de estrecharle la mano y me da el pie para armar mi revista. Apuradillo andaba para empear, porque yo no sé por qué demonios los comienzos son tan difíciles siempre y los *acabes* tan facilítos y corren como quien dice "canto llano."

Hasta la hora en que esto escribo aun no he visto á Aquileo, pero un mi amigo me cuenta que anoche estuvo en un baile en casa de don Ramón Chavarria y eso me basta para sentir el corazón brincando de gozo, no sólo porque se recobra al amigo sino porque de seguro que la picaresca musa con la que él está casado debe de venir como agua para chocolate. Ya me figuro el bochinche de rimas juguetonas que van á volar por esos mundos, ahora que la imaginación de Aquileo se habrá enriquecido con nuevos panoramas y tipos.

Doblemente me alegro, pues, porque apenas lo vea, le doy con la mano derecha un amistoso apretón y con la izquierda me le voy á la oreja y quieras ó nó, antes de que me pueda contestar el saludo ya está mi hombre escribiendo rimas tan salerosas como aquella de

Hay mucha sal en la mar,
Pero es tan dulce tu boca
Que si tu labio al mar toca
Por fuerza se ha de endulzar.

* *

Por segunda vez tenemos que ponernos circunspectos, dejar á un lado las careajadas del indiferentismo y sufrir con el que sufre y llorar con el que llora. Don Gerardo Castro y su señora perdieron un niño que lleno de lozanía y vida, fué arrebatado por la muerte con tal violencia que traspuso el umbral de lo eterno antes de que la agonía hubiese borrado los colores que tenían sus mejillas.

Cuando se lucha, cuando poco á poco la naturaleza se va agostando y la palidez del no ser invade á paso lento los dominios de la existencia, las ilusiones van cayendo á compás, y el corazón va presintiendo la nube que se forma en el horizonte y que al estallar el rayo que guardaba

abrama pero no sorprende. Cuando, como ahora, el combate es de un minuto, cuando como ahora la muerte arrebató su presa á la traición, sin lucha; cuando la nube que guardaba el rayo se oculta tras otra blanca nube de luz, entonces el estallido sorprende y abruma. Don Gerardo y su señora sufren hoy bajo el peso de una de esas penas que no tienen más lenitivo que las lágrimas.

* *

El Rocío es un periódico chiquito; simpático y bien hecho. Lo saludamos cordialmente. Es chiquito pero de buenas y hermosas ideas: y así y todo á veces de rocío se cambia en chaparrón y si no que lo digan los empapados.

* *

Hemos recibido un folleto titulado "El General Pedro Prestán y sus victimarios." Agradecemos el envío.

También nos ha llegado la Memoria de las Secretarías de Guerra y Marina. Apenas nos sea posible leeremos con detención ambos documentos.

* *

Es fama que el baile á que aludí antes estuvo muy bonito. Dicen que habia cuatro rubias preciosas, dos morenitas de lo bueno, seis comprometidas, no en conjuración política, sino con sus respectivos novios, siete candidatos á marido, tres á viudo, sesenta y cinco á solterón. Me cuentan también que se repartieron calabazas á la maravilla, que se bailó hasta reventar y que se acabó el baile contra la voluntad de todos. No respondo de la exactitud de estos datos porque como no estuve en el baile los he tenido que recoger de entre varios amigos.

* *

Hay meses de fiestas, diciembre por ejemplo; hay meses de campo, enero, febrero y marzo; hay meses de los muertos, noviembre: mayo es el mes de las solteras. Como buenas hijas de María van todas las tardes un diluvio de solteras á ofrecer flores y oraciones en el altar de la Virgen Madre.

Pero como es ley que detrás de la cruz esté el diablo, á la puerta de la iglesia está siempre un batallón de yernos de María en cierne, esperando que se desprendan los ojos del altar para pescar una miradita á la salida. Afortunadamente para las hijitas de María yo no pertenezco á ese batallón.

* *

El Lic. don Pedro Pérez Zeledón está ya entre nosotros. Nos limitamos por ahora á darle un respetuoso saludo, reservándonos para después hacer algunas consideraciones relativas á la misión del Lic. Pérez Zeledón y al triunfo obtenido por él.

* *

Estas crónicas mías tienen la ventaja de que

sus noticias son siempre de actualidad. Qué sé yo cuanto tiempo hace que principié á escribir ésta. Hablé del mes de María, y ya mayo va llegando á Puntarenas: hablé del baile en casa de don Ramón Chavarría y hace de ese baile como mil años. Mis novedades son notables por lo viejas.

El jueves de Corpus me cuentan que hubo otro baile en casa de don Manuel Bonilla. Asegúrase que los asistentes á la reunión pasaron ratos de agradable solaz. No detallo la fiesta por falta de datos.

*
**

El Bachiller Sansón Carrasco nos ha enviado la sentencia que insertamos á continuación:

"Yo, Sansón Carrasco, legalmente constituido en autoridad y conociendo como Juez en 3^a instancia, formulo mi voto de la manera siguiente:

Resultando:—que don Carlos Sáenz y Esquivel, mayor de edad, marido en ciería y de este vecindario, se presentó al Ilustre Colegio de Abogados, solicitando examinarse de derecho teórico y práctico;

Resultando:—que la comisión encargada de levantar la información de *vita et moribus* emitió dictamen favorable, manifestando que es el señor Sáenz persona honrada, inteligente, de buena salud, que oye misa los domingos y fiestas de guardar y no se confiesa por la cuaresma ni si espera haber peligro de muerte.

Resultando:—que en los libros de exámenes llevados por la Universidad consta que dicho señor Sáenz ha ganado todos los cursos requeridos por la ley y obtenido las brillantes calificaciones que siempre son recompensa del talento y del estudio; y

CONSIDERANDO:

1^o—que verificado el examen público el miércoles 30 del pasado mes, el señor Sáenz contestó con toda lucidez al Lic. Trejos sobre expropiación, al Lic. Castro sobre moral, derecho y otras filosofías; al Lic. Jiménez sobre hipotecas; al Dr. Machado sobre tratados internacionales, y al Lic. Esquivel sobre reformas de la Constitución Política;

2^o—Que el examinado debe de haber pasado un susto garrafal, lo mismo que dos personas ligadas á él con lazos fortísimos: su señora madre, *juris et de juri* y otra personita cuyo nombre no consta de autos, *juris tantum*;

3^o—Que el talento, la aplicación y el estudio deben tener su premio en este mundo y después palma y corona en el reino de los cielos.

POR TANTO:

FALLO: declarando á don Carlos Sáenz hábil para pelear hasta con el lucero del alba; capaz de codearse con cualquier abogado; con derecho á firmar todas las cartas que escriba y todos los escritos que haga; que de hoy en adelante se le anteponga á su nombre la sílaba *Lic.* y que por la Secretaría se le dé la más cordial

y cumplida felicitación.—Sansón Carrasco.—Ante mí, Tomé Cecial.

RENARD.

RIMAS.

(Á Aquileo J. Echeverría)

PARA "COSTA RICA ILUSTRADA."

Plega sus alas temblorosas, débiles,
Mi ángel bendito, mi adorada musa,
Y en doliente actitud tiene la lira
Entre las manos, destemplada y muda.

¿Por qué será, por qué? "Quizá este Boreas
Del norte la entumece y la importuna."
Un amigo me dijo... y aquí en mi alma
Una voz, como el eco de una tumba,

En secreto repuso: "los placeres
Y el soplo helado de la amarga duda,
Han hecho que enmudezca y esté triste
Tu ángel bendito, tu adorada musa."

ROMÁN MAYORGA RIVAS.

(Nicaragiense.)

Washington, 1885.

Carta á mi amigo Mr. Renard.

¿Cuánto se hacen desear tus cartas, querido amigo! Dos apenas he recibido en este invierno, y á la verdad que es muy poco. Te perdono esta falta, pero reclamo más constancia. ¿Por qué quieres privarme de tus revistas de teatro y de bailes, y de tus crónicas sobre, todo que saboreo con tanto placer desde este apartadado lugar? La revista que haces del último baile me ha hecho reír de muy buena gana. La escena de las dos damas, en la que tomas una parte tan activa, me ha puesto en curiosidad... Queda tu amistad comprometida si no la narras con todos sus pormenores, sin omitir ninguno de sus detalles, absolutamente ninguno. ¿Te parece delicioso eso de levantar apenas una punta del velo y cuando uno cree que va á contemplar el cuadro dejas caer el telón y buenas noches?

Mi vida, en este valle delicioso, corre tranquila y mansamente, sin borrascas ni tempestades; esta ciudad es como un mar apacible y sereno. Mis libros matan mi fastidio, y esto cuando tengo humor de leer. Para alejar de mí el tedio y la misantropía que comienzan á invadirme, he contraído relaciones con la familia de doña Pascuala. Sabes quien es doña Pascuala? pues no dejaré que lo ignores; pero por ahora cóformate con saber para que desde temprano entres en buenas relaciones con la dueña de la casa, que doña Pascuala es una vieja quintañona, muy metida en curats, escasa de dientes, de nariz recogida, casi chata y ojos un tanto lacrimosos, gracias á una enfermedad que contrajo en la costa, en vida de su difunto marido, y con esto queda dicho que es viuda. Queda para otra carta el decirte por qué

usa anteojos verdes y por qué causa los granujas de este lugar la llaman la tía Arpía.

Tiene doña Pascuala una hija que es un sol por lo bella y por lo buena un ángel. ¿Cómo la señora Arpía, más fea que un pecado, vieja fastidiosa y regañona y con una alma como su apodo pudo concebir una criatura tan angelical como aquella? ¡Misterios insondables de la naturaleza! La legitimidad del padre puede ponerse en tela de juicio; pero la madre es siempre conocida: este es un principio legal y casi, casi natural. Para quien ha saludado el derecho como este tu amigo que tira á leguleyo, es este un axioma de los que no pretendería demostrar ni el mismo Heinecio.

La casa de doña Pascuala es lugar de tertulia, y aquí tienes otro misterio que, como los demás, no me explicaré en toda mi vida y creo que ni después de ella. El hecho es que en casa de esta respetable señora nos reunimos unos cuantos tertulianos y allí pasamos largas veladas, que á mí se me hacen cortas, gracias á la señorita Lola que toca piano, canta, y tiene para todo mucha gracia y donosura.

Lola se llama la hija de doña Pascuala y es la niña mimada de todos los tertulianos. La torpeza de mi pluma no alcanzará á delinear las bellas cualidades que adornan el alma de esta niña que deja ya la crisálida en que ha estado aprisionada para entrar en la edad de las ilusiones. Quiero decir que Lola ha cumplido los catorce años y ha adquirido por lo tanto el derecho de bajar la falda de su traje casi hasta cubrir la garganta de su diminuto pie.

Dejo para otra carta el esbozar con la ayuda de Dios, esta candorosa y simpática criatura y junto con ella á todos los tertulianos, mis amigos, porque tengo prisa de que contraigas relaciones con uno de ellos, que es hombre de buena pasta y buen talante.

Es Pepillo un joven alegre y tan conocido en este lugar como la madre que lo... concibió, un poco jorobado por su desgracia y con los pies vueltos hacia afuera, como si hubieran reñido; el cuello estirado, como de garza, y no sé por qué fenómeno de la naturaleza parece que le hubieran colocado la cabeza distraidamente, de tal manera que le da una rigidez de *fantoche*. Por lo demás no es mal parecido.

Yo tengo para mí que una de las primeras cualidades de la mujer es la belleza física; pero en el hombre no es el mayor de los defectos ser feo. Pepillo tal vez no lo pareciera, si el cielo le hubiese dotado de talento y gracia; pero fué esquivo con él, y como es cualidad de los tontos ser presuntuosos, á mi amigo no le falta esta cualidad. Agréguese á esto que pocos días antes de que tuvieran comienzo mis relaciones con Pepillo éste había sido graduado por la Universidad de Santo Tomás de Aquino, y su título de bachiller en... filosofía, probablemente, le da carta blanca para ostentar *por escrito* y con documentos auténticos su ciencia.

Mi amigo don Pepe, como le llamo yo, por

respeto tal vez, ha hecho buenas migas con mi persona y me tutea desde el segundo día que nos conocimos. Hoy me llama con familiaridad por todos los diminutivos conocidos é ignorados de mi nombre. Sus saludos cotidianos me demuestran muy claramente la confianza que ha puesto en mí. ¿Qué haces Juanico? ¿qué tal Juanillo? dime ¿vas esta noche á casa de doña Pascuala? ¿cómo la pasas chico? Bien, don Pepe, bien, bien; y sin más preámbulos mi amigo me tira el brazo por encima del cuello y atrayéndome con suavidad hacia él, me da dos palmaditas en la mejilla y me dice: buen amigo ¿cómo la pasas?

¡Ah, Renard amigo, esto sí que me pone á veces á punto de estallar. ¿He de sufrir con santa paciencia que un tonto de capirote me ande así por las barbas sin más ni más? Bonito soy yo praa estas cosas. A una hija de Eva le perdonaría tales licencias y otras todavía.....pero á este tal.....Si la misma doña Pascuala, si la señora Arpía en persona fuera tan osada como don Pepe, por solo ser del sexo había de permitirle tales libertades y me estaría más quietecito que lo estuvo el célebre hijo de la Mancha cuando el asunto del lavatorio de barbas en casa de los duques, y esto que para mí tengo que las viejas á fuerza de serlo vienen á parar como frailes, en que no tienen sexo conocido.

Quiero concluir porque me imagino que en llegando á este punto la carta va á caer de tus manos si antes no has hecho paciencia. Has de saber, querido amigo, que este bueno de don Pepe cometi6 la sandez de enamorarse perdidamente de Lola, quien asediada noche y día por aquel galán, se ingeni6 un medio muy gracioso de despedirlo, y él amostazado, ofendido en su amor propio, según dice, quiso vengarse del ultraje recibido, y para alcanzar su fin pidi6me consejo, á mí que soy amigo de toda su confianza. No atreviéndose á hacerlo en persona, por cortedad de genio, ó lo que yo más creo para lucir sus dotes intelectuales, lo hizo por escrito. Te acompaño la carta que me envi6. Ella mejor que estas líneas, retrata el tipo, y á la vez revela la erudición y muchos conocimientos que tiene en diversas lenguas. Este don Pepe es un verdadero poligloto.

* *

Carta de Pepillo á su amigo Juan Pérez.

Desde este lugar.

Cat6n el Censer sentía su alma enchida de odio hacia la eterna é irreconciliable enemiga de Roma; por eso exclamaba: *delenda est Carthago*. Así como el romano, he sentido también germinar en mi alma el odio y crecer la sed de venganza hacia una mujer que me ha humillado.....; mas llegará el día en que yo abatiré su soberbia, *debellere superbos*.

Yo te contaré, querido amigo, aunque sea á vuela pluma, *currente calamo*, mas sin guardar nada *in pectore* "de como fué mi desgracia," de como mi desventurada aventura.

¡*Risum teneatis!* ¡¡Yo que había aprendido

desde las aulas que *audaces fortuna juvat, timo-
desque repellit*, creí que poder era querer; mas
como *abyssus abyssum xinvocat*, fui de una en otra
caída, hasta hoy que desesperanzado de alcanzar
"sino ventura, compasión siquiera" héme visto
obligado a grabar en mi corazón un letrero como
aquel que Alghierei cuenta que estaba colocado
en la puerta del infierno: *lasciati ogni speranza!*
Sí, he abandonado toda esperanza para siempre!!!

Pon el oído atento y escucha esta mi triste
y desgraciada historia y díme si no me asiste jus-
ticia cuando exclamo: *auri sacra fames*, yo que
he vivido en la *aurea mediocritas*, pero go-
zando del *dolce far niente* y pensando en conquis-
tar un mundo para ponerlo á sus pies....

Ah! desventaras como las mías *sunt lacrimae
rerum*. Cuéntote esto, amigo, *tête á tête* y *sotto
voce* como si fueras *alter ego* por que confío
mucho en tu discreción y buen juicio.

Bien se me acuerda que *nihil novum sub sole*,
mi desgracia no es nueva pero *proh pudor!*, ha si-
do vencido y *væ victis, væ victis*.....

Ha llegado el momento de la revelación, es
preciso. Yo la amaba con toda el alma, *anima mea*,
y aquella ingrata me ha negado su cariño por que
yo era *paupérrimo*.....

Es el oro, *aurus*, el único móvil de aquella
mujer!, es condición *sine qua non* sea rico para al-
canzar su cariño? no fueron bastantes mi amor y

mi audacia para rendirla? Qué!!! *audaces fortu-
na non juvat*, y tengo que dejarme arrastrar *ad
libitum* por su capricho?

Mas por qué he de desesperar? haré pacien-
cia, *chi va piano va sano*, y *chi va sano va lon-
tano*.

¡Un caballero *comme il faut*, que á nadie
teme en el mundo y que viste siempre á la *der-
niere* ha de ser vencido por la fuerza de la debi-
lidad?

Nunca!...; triunfaré, abatiré su soberbia.
Oebellere superbos, de hoy más esta será mi divisa,
hoc opus, hic labor, que soy hombre, *homo sum*,
y es menester que termine este *statu quo*.

Tengo que triunfar de mi dulce enemiga, más
por qué medios? *that is the question*.

Por eso recurro á ti, querido amigo, para
que te ingenies un método *sui generis* y mi triunfo
sea completo.

Es menester que discurras pronto porque
time is money, y sobre todo bien, con ingenio para
que mis palabras no sean *vox clamatis in deserto*,
que cuando el día del triunfo llegue.....*væ vic-
tis, væ victis!!!*, y en tonces:

finis coronat opus.

Tu invariable amigo,

PEPE.

San José, 28 de mayo de 1888

JUAN PÉREZ.

ANUNCIOS.

TIENDA NUEVA

DE

Pablo Landerer.

Situada frente á la casa de los señores
G. Herrero y C^{ca}. Gran surtido de fantasía
-Novedades para regalos de bodas y cumple-
años.

Puntos y toda clase de géneros para ves-
tidos de señora, y para cortinas & & & &.

Un surtido completo de joyería, como
brillantes y otras piedras preciosas.

Todo á precios sumamente baratos.

brosas experiencias hechas por el Prof. Charcot de París. El hipnotismo parece ser un fenómeno mórbido debido á la debilidad del sistema nervioso y del cuerpo en general. Dicen que la GLIODINA del doctor Glaytón es el mejor remedio para combatir ese estado, por su riqueza en fósforo y en hierro que hacen de este remedio el más poderoso de los tónicos.

CURACION DE LOS TISICOS!
CREMA DE MALTA
 CON ACEITE DE HIGADO DE BACALAO
 É HIPOFOSFITOS
 DE OPPENHEIMER.
 AGRADABLE AL PALADAR COMO UN DULCE.

Posee todas las virtudes del Aceite de Hígado de Bacalao mas las de los Extractos de Malta y de los Hipofosfitos de Cal y de Sosa. Recetada por todos los facultativos, de facil digestión, es tomada con gusto y soportada por cualquier enfermo. Sana las Ulceras pulmonares, cura la Tós, Bronquitis, Resfriados. Combate el Linfatismo, la Raquitis, la Escrofula, la Anemia. Salvación de los niños débiles.
 Deposito:—3, Sun Street, Londres, y todas las Boticas.

LIMOSINA
 DE OPPENHEIMER.
 Bebida efervescente, Refrescante, Agradable.

VERDADERO DEPURATIVO DE LA SANGRE, espere la ACRITUD y los HUMORES. Cura las INDIGESTIONES, las ENFERMEDADES del ESTOMAGO y del HIGADO, la BILIS, la GOTA, el REUMATISMO, la INFLAMACION, la CALENTURA, la FIEBRE TIFOIDEA, la JAQUECA, la DISPEPSIA, el ASMA, los ECZEMAS y EMPEINES. Quita los BARROS y los GRANOS—previene las EPIDEMIAS y la FIEBRE AMARILLA.
 Deposito:—3, Sun Street, Londres, y todas las Boticas.

EXTRACTOS
 PARA EL PAÑUELO DE
ZENO & CO.,
 LONDRES.
OPOPONAX
 DAPHNE WHITE ROSE YLANG.
 Los mas suaves y persistentes.
 Deposito en todos los buenos establecimientos.

AGUA
 DE
CHAMILY.

La Delicia del Tocador.
 La Mejor para el baño.
UNA FUENTE DE PLACER.
 ZENO & Co., LONDRES.

GLYODINA
 DEL DR. GLAYTON.
 Tónico fosfo-ferruginoso. Renovador del Cerebro y de la Sangre.
 Cura la DEBILIDAD GENERAL, la ANEMIA, la CLOROSIS, las ESCROFULAS, VIGORIZA el CEREBRO y los NERVIOS. Evita las CONVALESCENCIAS. DEVUELVE la JUVENTUD á los AGOBIADOS por CUALQUIER EXCESO. ENTONA el ESTOMAGO. Combate las EPIDEMIAS.
 Deposito:—3, Sun Street, Londres, y todas las buenas Boticas.

El Siglo Diez y Nueve ha sido marcado por los más maravillosos descubrimientos. El Vapor, el Telégrafo, la Electricidad, y por último el Hipnotismo ó Sugestión intelectual que tanta curiosidad é interés suscita después de las asom-

Imp. de "La República".